

## CAPITULO XVI.

### SUCESORES DE D. ALFONSO EL SABIO.

**Juan Ruiz, Archipreste de Hita.**—Juicio de la crítica sobre el mismo.—Su representación en la historia del arte.—Elementos literarios reflejados en su libro.—Tradiciones de la poesía nacional.—Fusión de la forma simbólica de la literatura oriental y de la latino-eclesiástica.—Recuerdos de la antigüedad.—Imitación de la poesía de los trovadores.—Adopción de la forma alegórica.—Influencia de la filosofía vulgar, formulada en los refranes.—¿El libro del Archipreste es ó no un poema?—Pensamiento unitario del mismo.—Su exposición y examen.—Espíritu y carácter de las costumbres bosquejadas por Juan Ruiz.—Pintura de la muger: la muger histórica del siglo XIV.—La muger fácil: Trotaconventos y doña Endrina.—Fuentes literarias de donde pudo tomar el Archipreste estos tipos.—Fuente del colorido especial que los anima.—La sátira de Juan Ruiz respecto de otras clases de la sociedad.—No puede compararse con Petronio.—Indole de su genio satírico.—Idea de las formas artísticas por él empleadas.—Noticia de algunas poesías sueltas.—Resúmen.

Con vario y contradictorio dictámen ha sido hasta ahora juzgado el Archipreste de Hita, olvidado generalmente el momento en que llega á la liza literaria y no bien interpretados los diferentes motes, escritos en su escudo. Petronio español le apellidan los que tropezaron por vez primera con sus obras, dominados por el efecto exterior de sus burlas y por la licencia de sus sátiras <sup>1</sup>: elogian la claridad de su ingenio y la fuerza inventiva

<sup>1</sup> La primera mención que hallamos del Archipreste de Hita es debida á Alonso Martínez de Toledo, que lo fué de Talavera, en su libro de la *Reprobación del amor mundano*, dado á luz en el siglo XVI con el título: *De los vicios de las malas mugeres é compleciones de los hombres*, y escrito en

de su imaginación los que han procurado reconocer sus bellezas, aun bajo el aspecto meramente artístico <sup>1</sup>; y mientras así ha sido considerado entre nosotros, no han faltado escritores extranjeros que llamándose filósofos ó historiadores de las letras, se han negado á poner su nombre en el catálogo de los varones ilustres del siglo XIV, ó le han visto con absoluto desden, al bosquejar el cuadro de la literatura española dentro del referido siglo <sup>2</sup>. Más benévolos para nuestra cultura, ó mejor informados de nuestras cosas, han acudido en los últimos tiempos á desvanecer el error de unos y el menosprecio de otros ilustres pensadores de muy diversas naciones, conviniendo todos en que tiene Juan Ruiz lugar señalado entre los más señalados poetas de la Península Pirenaica, si bien apartándose grandemente en la manera de calificarlo. Quien le compara en efecto con el sarcástico Rabelais, manifestando que revela su sátira el carácter

1438. Algunos años adelante le citó el marqués de Santillana en su famosa *Carta al condestable de Portugal* (n.º XIV), sin hacer de él calificación alguna. Don Francisco de Torres, historiador de Guadalajara, le hizo equivocadamente vivir hasta 1415 (Libro II, cap. 5 de la *Historia de Guadalajara*), limitándose á consignar su nombre en dicho año. No así el erudito don Luis José Velazquez, que dando el primero alguna noticia de sus poesías, manifestó ya, á fuer de crítico, que «el Archipreste de Hita podría ser reputado como el Petronio de la poesía castellana» (*Orígenes de la Poesía española*, edición de Málaga, pág. 4). Esta frase ha hecho sobrada fortuna entre los escritores propios y extraños; pero no califica debidamente al Archipreste, según adelante veremos.

1 Quintana, *Obras completas*, Parte I.ª, pág. 128; Martínez de la Rosa *Anotaciones á su poética*, pags. 135, 185, 313 y 328, de la ed. de Palma 1843.

2 Mr. Villemain, cuya reputación de crítico es generalmente respetada, no lo menciona siquiera en los capítulos que en su *Tableau de la littérature du Moyen Âge*, dedica al estudio de la española. Sismonde de Sismondi, siguiendo acaso á Boutterwek, que sólo hubo de conocer al Archipreste por lo que escribió Velazquez, le cita en una nota, declarando que contienen sus poesías toda la política y la moral del autor y de su siglo, al paso que asegura que no le parecen «assez piquantes pour mériter un extrait» (*Littér. du Midi*, t. III, pág. 220). Esta contradictoria y no justificada opinión de Sismondi ha sido dignamente combatida por el alemán Clarus en su *Cuadro de la literatura española de la edad media*, tantas veces citado (t. I, pág. 427).

grave de los españoles, de la misma suerte que las burlas del cura de Meudon pone de relieve el jocosó, agudo y decidór de los franceses <sup>1</sup>: quien, suponiendo con sobrada facilidad que se inspira en los escritores del norte de la Francia, le acerca al inglés Chaucer, equiparándolos no sólo en las cualidades personales, sino en los medios artísticos que uno y otro emplean en sus producciones <sup>2</sup>: quien, levantando sus miradas á más alta esfera, y penetrando en el estudio de las costumbres y de la cultura española con más firme planta, no vacila en afirmar que tuvo en su tiempo el libro del Archipreste de Hita la misma significación que alcanzó en el siglo XVII la obra maestra de Cervantes <sup>3</sup>; y quien finalmente, siguiendo estas mismas huellas, declara que diseñó Juan Ruiz con admirable desenfado la sociedad española de sus días en los picantes y variados cuadros que describe, colocándole por tal razón entre los más fecundos ingenios <sup>4</sup>.

El juicio de la crítica no ha podido en verdad ser más discordante, ni puede ser hoy más favorable al talento poético del Archipreste: la misma divergencia de opiniones en la manera de

1 Mr. Adolfo de Puibusque, *Hist. comp. des littér. espagn. et. franc. t. I*, págs. 83 y siguientes. A esta idea se inclinan otros críticos franceses y novísimamente el conde Puymaigre (*Les vieux auteurs Castellans* t. II, cap. XV).

2 Mr. Jorge Ticknor, *Hist. de la Literat. españ.* t. I, cap. V, pág. 92 de la versión castellana.

3 Esta opinión que aplaude Clarus, fué expuesta en los *Anales de la litt.*, cuad. LVIII, Viena, 1832, y ha sido reproducida en sus *Estudios sobre la literatura nacional española* por el distinguido crítico don Fernando Wolf, primero que dió á conocer en Alemania el extraordinario mérito del Archipreste de Hita; siendo en verdad notable el silencio de Villemain, después de tan luminosos estudios.

4 Mr. Dozy, *Recherches sur l'histoire polit. et littér. d'Espagne*, t. I, pág. 386.—Clarus que le juzga con mayor detenimiento, le reconoce todas las dotes de un poeta eminente, asegurando que por «cierta incomparable ironía que no perdona á sí propio, por la verdad del colorido, por el acertado manejo del apólogo, por la gracia con que promueve el júbilo» poético, aparece no sólo superior á los escritores castellanos del siglo XIV, «sino á los mejores poetas de la edad media en general» (Ut supra, página 399).

quilatarlos es fehaciente prueba de su mérito. Pero ¿ha sido ya colocado en el puesto que legítimamente le corresponde en la historia de la literatura española? ¿Se ha evidenciado su verdadera significación en el desarrollo del arte...? ¿Se hallan convenientemente ponderados todos los elementos de cultura que en su originalísimo libro se reflejan, funden y asimilan...? ¿Conocemos finalmente, como fuera de apetecer, los accidentes de su vida...?

Respeto y consideración debemos sin duda los españoles á los doctos críticos alemanes que, como Wolf y Clarus, han echado amplísimos cimientos á este no nada fácil estudio; mas deber nuestro es también observar que siéndoles de todo punto desconocidas las obras didáctico-simbólicas examinadas en los capítulos precedentes, y careciendo, conforme advierte hidalgamente Clarus, de extractos y noticias para discernir con acierto lo que en todos sentidos debió España á los nobilísimos esfuerzos del Rey Sábio, si movidos del ilustrado espíritu que los distingue, llegaron á fijar no escaso número de relaciones artísticas y literarias, no les fué posible abarcar y dominar el conjunto, designando aquellas que formaban verdadero eslabón en la historia del arte y señalaban con toda claridad la senda de sus tradiciones eruditas, como no les ha sido posible relacionar la vida del poeta con sus producciones. Considerando el libro del Archipreste cual uno de los monumentos más notables de la edad media, obtuvieron de su estudio clarísimas enseñanzas que no serán pérdidas para nosotros; mas no estando en sus manos adivinarlo todo, no pudieron adjudicarle plenamente el galardón merecido en la relación más importante para la historia de las letras españolas.

No es el Archipreste de Hita uno de aquellos poetas que pueden ser juzgados con cierta independencia del arte, de la sociedad y de la época en que florecen, lo cual hace más sensible la escasez de noticias que sobre su vida poseemos <sup>1</sup>: su mérito

<sup>1</sup> Las noticias que existen respecto de Juan Ruiz, sacadas todas de sus obras, son en verdad tan escasas que no dan materia para trazar su biografía. Ni aun pueden con seguridad fijarse el lugar de su nacimiento, ni aquel donde pasó de esta vida. Sanchez vaciló en orden al primer punto

principal, lo que le distingue de tal manera que no deja confundirle con otro alguno de los ingenios españoles de la edad media, es precisamente la universalidad de miras que le distingue respecto del primero, y la fidelidad con que refleja las costumbres de las segundas, así en la parte más noble y elevada como en la más humilde y abyecta. Llega á pulsar la lira castellana, cuando ha recorrido ya nuestra literatura largo sendero y experimentado diferentes modificaciones. Ninguna de las conquistas consumadas por la civilización había dejado de ser reflejada por el arte; y ya interpretando en los cantos religiosos y patrióticos el sentimiento de la muchedumbre, ya revelando en los poemas heróico-eruditos la singular transformación operada en la esfera de los estudios, al comenzar del siglo XIII, ora mostrando en las cantigas sagradas y dolorosas elegías del Rey Sábio el extraordinario impulso que reciben de sus manos las formas líricas; ora en fin poniendo de relieve en las traducciones é imitaciones de los libros orientales los grandes triunfos alcanzados por las armas cristianas, al mediar de la misma centuria <sup>1</sup>, había atesorado

entre Alcalá y Guadalajara; y no sin fundamento, si bien parece inclinarse á la famosa Compluto, fundado en la copla 1484 de su poema, en la cual se lee:

Fija, mucho vos saluda | uno que es de Alcalá.

Pero este verso del códice de Salamanca, que es el más moderno, se halla en el de Gayoso concebido en estos términos, según insinuó el mismo Sanchez:

Fija, mucho vos saluda | uno que mora en Alcalá.

De modo que puede referirse, cuando más, á ser esta madre científica del Archipreste, habiendo hecho en sus *Estudios generales* el de las siete disciplinas, el decreto y la teología. Tampoco puede Guadalajara alegar más claros títulos; pues sólo existe á favor de ella el dicho de don Francisco de Torres, recordado por Sanchez (t. I, pág. 105 y t. IV, pág. VI de las *Poesías castellanas*), historiador por demás moderno, quien sobre equivocarse la época, en que Ruiz floreció, no ofrece ninguna probanza de su aserto. En orden al segundo punto, nada se sabe. Respecto de la época en que escribe sus producciones, expondremos adelante cuanto alcanzamos.

<sup>1</sup> Téngase muy en cuenta el estudio que sobre este punto llevamos hecho (cap. VI y siguientes de esta II.<sup>a</sup> parte). El triunfo alcanzado por el

constantemente y hecho suyos cuantos elementos de vida halló en su carrera; fenómeno singular que sólo es dado comprender, teniendo siempre á la vista el principio de vitalidad y de fuerza que entrañaba en sí la antigua cultura de nuestro suelo. Todas esas influencias, que partiendo directamente de la esfera social y política, trascendian con tanto vigor á la esfera de las letras, habían aparecido, sin embargo, sucesivamente, teniendo su propio valor en día y momento determinado: presentando cada cual una faz diversa del arte, correspondiendo á ciertos y especiales esfuerzos, señalaban el progresivo desarrollo de las ideas que animaban el mundo de la inteligencia, y seguían el mismo compás que llevaban las manifestaciones de las bellas artes, según antes de ahora advertimos <sup>1</sup>. El libro del Archipreste de Hita venía por el contrario á aparecer como inmenso lago, donde se recogían nuevamente todas las aguas de ríos tan caudalosos; como clarísimo espejo en que se reflejaban al par y bajo los más variados aspectos todas las transformaciones, todos los medios de expresión adoptados por el arte desde que por vez primera aspiró á ensanchar el círculo de su acción en brazos de los doctos.

Movido Juan Ruiz del mismo impulso que llevó al Rey Sábio á cosechar en todos campos, para promover por todas vías la cultura castellana, enriqueciendo extraordinariamente las letras, las ciencias y las artes, fijó sus miradas en las diversas manifestaciones de las primeras, y obedeciendo la ley de progreso que guiaba los pasos de la civilización, las reflejó igualmente en el variado conjunto que constituye tan peregrina obra. Devoto cantor de la pasión del Salvador, lloró como Berceo los dolores de la Virgen, lamentando la maldad y el extravío de la raza hu-

Cristianismo sobre el Islam no se refleja en la poesía y literatura erudita de un modo directo. En el momento de la victoria, prohijan los reyes de Castilla la vencida civilización musulmana, y léjos de destruirla, como hicieron los Califas de Córdoba con la mozárabe, la utilizaron en provecho de la española y aun de la europea en general. Tal fué la grande obra del Rey Sábio, ya reconocida por nosotros (caps. IX, X, XI y XII), y no otro el sentido en que ahora hablamos.

<sup>1</sup> Véase el cap. XIII, en el presente volumen.

mana que había desconocido á su Hacedor y á su Padre: prendado de las narraciones heroicas, acogidas con aplauso universal por los eruditos, contó, describió y pintó á la manera de Juan Lorenzo de Astorga, recordando con alguna frecuencia su *Poema de Alexandre* é imitando al propio tiempo sus más bellos cuadros <sup>1</sup>: como el rey don Alfonso consagró repetidos himnos á cantar los gozos y loores de la Madre del Verbo, fuente purísima de amor y de esperanza para los poetas castellanos, adoptando las formas artísticas, introducidas en el parnaso erudito por aquel insigne monarca: siguiendo sus huellas y secundando el claro ejemplo del rey don Sancho y de Maestre Pedro Barroso, recibió y cultivó el apólogo oriental, admitiendo con la expresión simbólica su aplicación didáctica; teniendo por último á la vista la sátira moral, tal como se insinúa en el citado *Poema de Alexandre* y la escribe Pero Gomez <sup>2</sup>, dió inusitado desarrollo á este linaje de poesía, á cuyo cultivo le inclinaba muy singularmente la índole especial de su ingenio. Conjunto, pues, y resumen de todas las manifestaciones que ofrece hasta su época la literatura vulgar, no sólo justifica el libro del Archipreste la historia de la idea tal como la llevamos expuesta, sino que también confirma de una manera indubitable la historia de la forma.

<sup>1</sup> Las alusiones son frecuentes, en efecto: hablando del *peccado de la cobdicia*, recuerda el largo episodio de la historia de Troya, que pone Juan Segura en boca de Alejandro, al pintar el efecto que en este produce la vista de aquella famosa ciudad (copl. 213): describiendo el ejército de don Carnal, dice:

1055 Vino don Carnal, que ante estaua esforzado,  
De gentes muy garoidas muy acompañado:  
Serie don Alexandre de tal real pagado;

mencionando adelante los ganados que traían don Amor y don Carnal contra doña Cuaresma.

1189 Non lo compraria Dário con todos sus tesoros.

La pintura de la tienda de don Amor, según notó ya Sanchez y repiten otros críticos, está imitada de la que el mismo Juan Segura hizo de la de Alejandro, al apoderarse este de Babilonia (Véase las coplas 1240 y siguientes del *Poema*).

<sup>2</sup> Véanse los capítulos VI y XIV de esta II.<sup>a</sup> Parte.  
TOMO IV.

Pero si á tan alto punto parece acatar las tradiciones del arte que vive en manos de los poetas de Castilla, si rinde el tributo debido al sentimiento de nacionalidad que en todos sentidos lo fecundaba, no por eso deja de acudir á otras fuentes para beber nuevas inspiraciones, que ó diesen mayor fuerza á los elementos antes desarrollados, ó tragesen al seno de la patria literatura nuevos gérmenes de vida. Sin apartarnos de la manifestacion didáctico-simbólica, que segun va advertido, domina y caracteriza todas las obras escritas en la época de que tratamos, queda plenamente comprobada esta importante observacion en su primer extremo. Cuando, al anunciar la aparicion del apólogo indiano en nuestro suelo, trazamos la senda que sigue hasta llegar al siglo XIII, expusimos ya y demostramos que en medio de la oscuridad de las edades precedentes se había conservado viva, con la tradicion del arte clásico, la memoria del apólogo esópico, formulándose varias versiones latinas, diferentes de la universalmente conocida de Fedro <sup>1</sup>. El *Hortulus*, curioso repertorio de estas fábulas oportunamente mencionado, fué para nosotros fehaciente testimonio á que dieron valor nuevo la confesion del Rey Sábio sobre el *Libro de las fabliellas* y la existencia del *Fabularius poeticus*, grandemente leído durante las centurias

<sup>1</sup> Mr. George Ticknor, que manifiesta la opinion de que imitó en todo el Archipreste á los poetas del norte de la Francia, asegura que debió tomar de dicha literatura todas ó casi todas las fábulas esópicas, apoyándose en que desde el siglo XIII había en francés dos colecciones de ellas con el nombre de *Isopet*, que sustituye Juan Ruiz con el de *Isopete* (Ep. I.<sup>a</sup> capítulo V). Mas aun cuando no pueda negarse la existencia de dichas colecciones, como la tradicion erudita recibe y conserva las fábulas esópicas en la forma que antes de ahora probamos (cap. VIII de esta II.<sup>a</sup> Parte); como esta misma tradicion se perpetua entre los cultivadores de la literatura latino-eclesiástica con el precioso florilgio del *Hortulus* y demás compilaciones citadas en el texto, no tenemos por juicioso el buscar fuera de casa lo que tenemos dentro de ella, si bien la misma índole de la poesía erudita pudo mover al Archipreste á consultar esas colecciones. Observemos sin embargo que no hay dato alguno histórico para comprobarlo, mientras si los tenemos, é inequívocos, para demostrar la influencia de las diferentes versiones de Esopo distintas de la de Fedro. Mr. Ticknor perdió absolutamente de vista la existencia de la literatura latino-eclesiástica y su estrecho comercio con las vulgares.

XIII<sup>a</sup> y XIV.<sup>a</sup> A estas fuentes, eruditas por excelencia, donde no era fácil libar á todos los que pulsaban la lira, llegó pues Juan Ruiz al mismo tiempo que á las orientales: ningun escritor, ningun poeta castellano había traído á la lengua de la muchedumbre los apólogos esópicos: el Archipreste de Hita fué el primero que acometió y llevó á cabo esta empresa; y fundiendo en un mismo crisol esos dos elementos literarios, idénticos en su origen, bien que distintos ya, por el diverso camino que cada cual había hecho, logró hermanar ambas tradiciones, dando así cumplida cima á la obra iniciada con las traducciones del *Sendebar* y del *Panchta-Tantra*. El Oriente y el Occidente parecían pues asimilarse bajo esta relacion, tal vez la más importante de cuantas presenta la historia de las letras españolas en la primera mitad del siglo XIV.

Adieto en esta forma á la tradicion erudita que tenía por intérprete la lengua latina, lazo constante entre la antigüedad clásica y las sociedades modernas, ensanchaba Juan Ruiz el círculo de sus exploraciones; y declarándose imitador de Ovidio, cuyas obras lograron especial estima entre los ingenios españoles, no reparó en poner en contribucion las producidas por los doctos de la edad media, introduciendo en su libro uno de aquellos dramas eróticos que retratando bajo cierto aspecto las costumbres de la expresada edad, conservaban la noción del arte clásico, con el recuerdo de la teogonia que le sirve de base. Aludimos claramente á la comedia no representable de Panfilo Maurillano, designada con el nombre de *Vetula*, la cual es en suma pálido remedo de la *comedia libertina*, condenada por los Padres de la Iglesia, mientras era recibida por el decadente paganismo con frenético aplauso <sup>1</sup>; pero aunque sometiéndose en este sentido á la ley capital del arte erudito, que le llevaba sin cesar á hacer suyas las obras de todos los tiempos y naciones, dió el Archipreste al singular episodio, en que se cuentan los amores de doña Endrina y don Melon, notable extension y extraordinario

<sup>1</sup> Demás de lo que oportunamente digimos sobre el carácter del teatro latino en los primeros siglos de la Iglesia (cap. V de la I.<sup>a</sup> Parte), conviene tener presente cuanto sobre la *comedia libertina* escribe Mr. Pierre Dufour en su *Histoire de la Prostitution*, t. III, cap. VII.

colorido que sólo podía recibir de los usos y costumbres del pueblo castellano, y más principalmente de la especial condición de su estado y carácter clerical, según adelante advertiremos <sup>1</sup>.

Y no se contentaba Juan Ruiz con mostrarse entendido en la literatura docta, cuyas riquezas procuraba traer al parnaso castellano: al mismo tiempo que los mantenedores del *Gay Saber* hacían en Tolosa grandes, bien que inútiles esfuerzos, para restituir á la muerta poesía de los provenzales su antiguo esplendor, volvíase el Archipreste á contemplar los ricos despojos de aquella musa, para darles también en su libro preferente lugar, vinculándolos entre los poetas de Castilla. Despertando en Alfonso X el sentimiento lírico del parnaso erudito, ensayó este príncipe todas las formas artísticas de los trovadores, sin que hubiese lazo alguno interior entre las canciones de los mismos y las *Cantigas* consagradas á la Virgen: la imitación se refería simplemente á la estructura métrica de los versos y á la ordenación de las rimas, sometidos uno y otro elemento á las exigencias del canto que fué en las poesías del Rey Sábio condición esencialísima. Juan Ruiz imitaba de otra manera: al doblar la frente al rigor de las persecuciones religiosas y ante la tiranía de la casa de Anjou, había exhalado la referida musa de los trovadores sus últimos acentos en graciosas *pastorelas* ó *vaqueiras*, donde fiel á su primitiva índole, retrataba escenas de la vida del campo, en que se consumaban peligrosas seducciones. Paulet de

<sup>1</sup> El primero que descubrió la fuente, en que se inspiró Juan Ruiz para trazar el episodio á que nos referimos, fué don Juan Antonio Pellicer, autor del *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles*. Don Tomás Antonio Sánchez puso al frente de la edición del tomo IV de las *Poesías castellanas* la curiosa *Advertencia*, en que Pellicer comprobaba el aserto de que el Archipreste había tenido presente la *Vetula* de Panfilo Maurillano: en la expresada *Advertencia* se lee respecto de dicha imitación: «Esta traducción es tan libre y parafrástica, y el intérprete supo, con la agudeza de su ingenio y amenidad de su imaginación, añadir tantas cosas ya de suyo, ya tomadas de Ovidio, que hizo una obra como nueva, pero en quien siempre se trasluce la trama ajena» (pág. XXVII). El referido episodio no merece sin embargo el título de traducción que le da Pellicer, lo cual él mismo demuestra.

Marsella y Giraldo Riquier, aclamado rey de este linaje de poesías, ofrecían al Archipreste muy acabados modelos. Trasladar pues las *pastorelas* y *vaqueiras* al habla castellana, guardando la fisonomía provenzal, así en el fondo como en las formas, fué decidido empeño de Juan Ruiz, quien exornando su libro de no menos bellas *cánticas de serrana*, aclimataba en nuestro suelo las mencionadas *pastorelas* que reciben más tarde y conservan en manos del célebre don Íñigo López de Mendoza el conocido nombre de *serranillas* <sup>1</sup>. Con esta sustancial é indubitable imitación de la poesía de los trovadores, realizada en nombre y por medio del arte erudito, aparece también en el libro del Archipreste una influencia no menos característica de aquel ya decaído parnaso: osada, mordaz, antireligiosa se ostentó desde su cuna la sátira de los trovadores; y hallando ahora materia dispuesta en el ingenio de Juan Ruiz y en las costumbres harto reprehensibles de su tiempo, produjo en su libro el mismo efecto que en los *sirventesios* del monje de Montaudon y Pedro Cardenal, de Beltrán de Alamanon y Guillermo de Figueras.

Mas al paso que, acudiendo á esta fuente de poesía vulgar, daba á la imitación, circunscrita antes á la forma exterior, más trascendental carácter, no omitía el Archipreste trabajo alguno para buscar en otras literaturas, así mismo vulgares, nuevas preceas con que enriquecer la castellana. La *Pelea de don Carnal et doña Quaresma*, que forma uno de los más peregrinos episodios de todo el libro, y fué designada en el siglo anterior

<sup>1</sup> Notable es la idea del erudito Mr. Jorge Ticknor en este punto. Hablando de los *cantares serranos* del Archipreste y empeñado en que todo lo imitó de los poetas del Norte de Francia, dice: «Si se encontrasen con más frecuencia en la literatura francesa del Norte poemas de esta especie, pudiéramos creer que allí buscó el Archipreste sus modelos, pues se advierte en sus obras el mismo estilo que en las de los truveras franceses; pero no sabemos de ninguna, escrita al Norte del Loira en tan remota época» (Prim. ép., cap. V). Este argumento nos recuerda los de igual arte que hacía el P. Sarmiento para probar que la poesía castellana era pura imitación de la gallega. Ticknor vuelve no obstante en sí, y halla el verdadero camino de la investigación, fijando la vista en las *pastorelas* provenzales, dadas á luz por Raynouard, t. II, págs. 229 y siguientes de su *Choix des poesies provenzales*.